

Primer premio: "Carta a Manuel" de Amador Aranda Gallardo

La luz del supermercado hace más visible mis arrugas; las escondo debajo del maquillaje, del lápiz de labios, de la sombra de ojos que no terminó de perfilar antes de salir de casa: me recuerdan a mi juventud, al amor imprevisto, a los besos a escondidas. No te rías de mí, Manuel. Camino por el supermercado con la lista de la compra a medio hacer y la sensación de que siempre, siempre, se me olvida algo: las cuchillas, el papel higiénico, los limones para aderezar la ensalada; un beso que no te dí antes de salir y que me pesa en el corazón como una traición.

Sé que te estás riendo mientras lees, puedo ver tu cara. Camino recta, agarrando con fuerza el carro; saludo a un vecino mientras pesa unas naranjas sin saber muy bien cómo hacerlo, pulsado al azar número. Recuerdo que a ti no te gustan las naranjas y que puede que las que he cogido sean muchas. Me río pensando que terminaré haciendo zumo para que no se pudran en el frigorífico, al igual que los tomates, o los puerros, los melocotones y las patatas, que inunda la alacena de un olor insoportable, imposible, de muerto de varios días, de podredumbre y desolación, dejadez y abandono.

Comprar siempre, siempre, me recuerda a la infancia; a mamá cuando nos llevaba de la mano a los dos hasta el mercado, donde los colores fuertes de las frutas y las verduras la llenaban de felicidad; recuerdo el agua con el que los pescaderos regaban los jureles y las sardinas, que siempre inundaba el suelo; los lomos de bacalao y atún; los olores por descubrir que estallaban en mi infantil olfato. Los dos, tú y yo Manuel, hermanos, ansiosos de recuerdos por hacer, de vida por vivir; en donde las carniceros cortaban la carne con una fuerza inimaginable, y tú, Manuel, tú, siempre bromeabas con cortarme un brazo o una pierna cuando estuviera durmiendo, con esos grandes cuchillos que afortunadamente no teníamos en casa. Con esos recuerdos que nos unieron para siempre y que ninguna pareja comparte: una infancia que nos hizo crecer y vivir juntos.

En la caja del supermercado me doy cuenta que he olvidado comprar lavavajillas y lechugas. He olvidado comprar pasta de la que la que te gusta y un buen vino con el que celebrar la vida, nuestra vida juntos. Me he hecho mayor, una anciana, sin darme cuenta. ¿Me quieres todavía, aunque sea una viejecita? He olvidado llamarte para recordarte que tienes que bajar los trastos, que el camión solo pasa una vez al mes ¿Ha pasado ya? Lo apunto todo en una libreta que compré en una pequeña librería del barrio, donde la dependienta siempre me saluda con mirada condescendiente, juzgándome por cosas que ella, estoy segura, no sabe. No le interesan. La dependienta no sabe que somos hermanos. Nadie me ha preguntado. Desde que llegamos al barrio no hemos hecho amistad con vecinos y no hay conocidos del pueblo que puedan dar cuenta de nosotros. Nuestro secreto es de tuyo y mío.

Suelto las bolsas en la mesa de la cocina y meto los productos en el frigorífico, esperando que llegues del trabajo para preparar la comida. Ya deberías estar aquí, pienso mientras guardo las bolsas después de haber colocado todo. Decido empezar a cocinar y buscar las lentejas, como tenía pensado hacer. He olvidado comprarlas. “Pensaba que quedaban”, me digo mientras busco una alternativa para el almuerzo. Escucho un ruido en el baño y creo que has vuelto. Te busco, y descubro que se me olvidó cerrar el grifo antes de salir de casa. Cierro el agua y creo que quizá deba apuntar en la libreta que al salir de casa tengo que revisar el gas, la luz, el brasero, el agua. Apunto en la libreta todo y pienso en ti ¿Qué raro que Manuel no haya llegado todavía? Preparo la mesa: finalmente he cocinado alubias con patatas. No tengo chorizo ni morcilla para acompañar el guiso. Apunto en la libreta que debería comprar. Son las tres y no has vuelto. Te llamo al móvil, pero la voz automática me dice que ese número no existe. ¿Qué raro?, pienso. Me preocupo por ti. ¿Y si te ha pasado algo? ¿Qué va a ser de mí si te ha pasado algo?

Apenas quedan hojas en la libreta. Tengo que comprar otra, me digo mientras la abro por la primera página, recordando lo primero que apunté, hace casi dos años. Leo: “Echo de menos a Manuel” No recuerdo cuando escribí eso, ni por qué lo echaba de menos. Me hago mayor, sin darme cuenta, Manuel, me hago mayor. Sigo leyendo: “El dolor me aprisiona el corazón” “No puedo creer que Manuel no vaya a entrar nunca más por la puerta” “Llorar no es suficiente para olvidarlo” “Tengo que olvidar a Manuel, o el dolor me va a matar a mí”, continúo leyendo. “Quizá lo mejor es olvidar que ha muerto y seguir viviendo de su recuerdo” Cierro la libreta, entre lágrimas. La comida se ha quedado fría ¿Tengo hambre? ¿Cuando he preparado alubias? Me apetece comer lentejas. Comienzo a comer las alubias y creo que mañana cocinaré lentejas ¿Por qué no las he hecho hoy? Sigo comiendo y pienso que tardas demasiado. Te llamo al móvil y no contestas. Sigo comiendo hasta que se me olvida que he comido hoy, y pienso en ti y en las ganas que tengo de besarte.